

VERSION ESPAGNOLE

Al oriente del paso de Roncesvalles comienzan a elevarse las montañas pirenaicas, con el Ortzanzurieta, el Ori y la sierra de Abodi como vigías navarros de la cordillera. En torno a esta última alineación, en la depresión situada entre Pikatua y Orbaiceta, hay un conjunto de bosques que es conocido por la selva de Irati, aunque muchos la llaman – más familiarmente – la selva navarra. Toda esta zona está casi idéntica a cuando los romanos, hace más de veinte siglos, la descubrieron y quedaron maravillados de la generosa belleza del paisaje. La fauna de hoy en día poco tiene que envidiar a la que vieron los romanos [...]. Es muy recomendable – es mi tierra – visitar esta selva navarra que comienza en un pueblo de ensueño llamado Arive, que está enclavado en el valle de Aezcoa, en una curva del curso alto del seductor río que da su nombre a la selva entera.

Yo nací y pasé los primeros diez años de mi vida en Arive. Después, mis padres se trasladaron a Mallorca y allí ha transcurrido la mayor parte de mi vida, allí he fundado una familia espectacular por numerosa – once hijos – y allí pienso pasar el resto de mi vida, ya que la isla me fascina y la considero mi patria adoptiva. Pero yo tenía que ver de nuevo Arive. Había estado treinta años sin regresar, y de pronto este verano me entraron ganas de hacer una escapada y visitar mi pueblo natal. Este verano sufrí la primera crisis importante de mi vida cuando, al cumplir los 38 años – a otros les llega a los 40, otra edad terrorífica dicen, supongo que por ser número redondo –, caí ya del todo en la cuenta de que me había hecho mayor y que, además, once hijos eran muchos hijos y una responsabilidad dramática, aunque tuviera sus compensaciones como el amor filial que me dispensan por turnos y con respeto profundo.

Me dije que, salvo cuando me encerraba en mi estudio a escribir novelas, no tenía nunca tiempo para mí y que por no tener no había tenido nunca, por ejemplo, ninguna amante. Me dije esto pero luego pensé que no debía quejarme demasiado, pues había tenido suerte con la dulce y pequeña Rita, la guapa Rita de mis amores, la ejemplar madre de todos esos monstruos que tanto quiero. Pero, con todo, yo necesitaba una escapada, reencontrarme a solas conmigo mismo. Y como eso lo tuve claro en todo momento, busqué una excusa y, dejando a toda la familia veraneando en esa casa frente al mar que tenemos en Sa Ràpita – donde nunca pasa nada, salvo esa conmovedora historia de incesto que algún día escribiré –, volé hacia Barcelona, alquilé en el aeropuerto un coche con aire acondicionado y me dirigí directamente a la selva navarra, a la tierra que me vio nacer y que, tras tantos años de encierro y felicidad en la isla, tenía ya casi del todo borrada, bien olvidada.

Durante el viaje me esforcé por recordar mis años de aburrimiento e infancia. Me vino a la memoria, entre otros recuerdos más o menos vivos aunque lejanos, el flaco Fermín, mi gran amigo de la escuela. ¿Qué habría sido de él? ¿Seguiría viviendo en el pueblo? Me acordé de cómo nos gustaban mucho los bosques de abeto, y de cómo nos divertía escaparnos de casa de nuestros padres y caminar de noche por los bosques cercanos y contemplar extasiados las estrellas. Recordé cómo a veces hacía yo que a lo lejos se levantara una montaña alta y poderosa. Esa montaña, por muy familiar que se me fue haciendo, nunca me cansaba y me daba siempre tanta alegría que, como si fuera un pájaro posado en la rama de alguno de aquellos lejanos arbustos del bosque que había yo también – con la inestimable ayuda de Fermín – inventado al lado de la montaña creada, olvidaba a veces hacer salir a la otra luna, esa luna de luz muy cegadora y que era sólo de Fermín y mía.